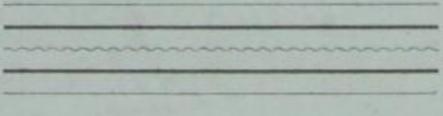
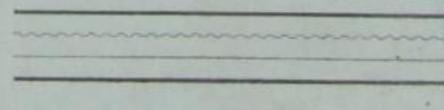




Bandera 

 **Católica**

1871
MAY 10

LETTER

TO THE
HONORABLE

MEMBER OF THE
LEGISLATIVE COUNCIL
OF THE PROVINCE OF
ONTARIO
AT TORONTO



BANDERA

Organo de la Congregación-Patronato
de la Inmaculada y S. Luis Gonzaga

Año I—Núm. 5

RIBDEO, 14 ABRIL 1911

CATÓLICA

Se publica el día 8 de cada mes
CON CENSURA ECLESIASTICA

La Correspondencia al Administrador
San Francisco número 4

La poesía religiosa en Semana Santa

Acertado estuvo un apologista moderno cuando llamó al culto católico con sus ritos y ceremonias, sus himnos, salmos y oraciones el *Cristianismo sensibilizado*.

El Cristianismo como lazo de unión entre Dios y el hombre es religión toda espiritual, alimentada

por la fe, la esperanza y amor, virtudes que radican en el fondo del alma; pero que necesitan exteriorizarse en actos diversos que realizan las potencias sensitivas, internas y externas para que los afectos, los movimientos del ánimo tengan su intérprete en la lengua según la frase de Horacio. Al verbo ó palabra de la mente y del corazón corresponde el verbo ó palabra que se significa con la voz como dice el Doctor Angélico.

Entre esos signos quizá el más adecuado es la



Getsemani.—Antiguo Paso procedente de la Trinidad (Catalaya)

poesía, la cual en todos sus géneros y principalmente en el lírico tiene un carácter notoriamente subjetivo. La poesía lírica religiosa con los himnos de la iglesia que elevan el alma del creyente hasta la contemplación de los más altos misterios.

●●

Los himnos de Semana Santa nos presentan á Cristo como Redentor del humano linaje; y entre ellos, tres nada más van á llamar nuestra atención en estas líneas.

El primero es el llamado *Vexilla*, que ya resuena en los templos desde la semana de Pasión. Es un himno en el que aparece la figura mística del Rey de las almas enarbolando la bandera de la cruz, en la cual la Vida venció á la muerte y la muerte nos trajo la Vida.

La Cruz es el trono desde el cual Dios ha de reinar sobre los pueblos todos según la profecía de David.

El santo leño, árbol hermoso y refulgente, vese ornado con la púrpura del Rey inmortal y pende de sus brazos el precio del rescate del mundo pesando victorioso en la balanza de la justicia divina.

Y al meditar tantos misterios en un solo misterio póstrase el cristiano ante la cruz bendita para pedir más gracia para los buenos y perdón de sus ofensas para los que han delinquido.

Fué el autor del *Vexilla* San Fortunato, Obispo de Poitiers (siglo XII).

●●

Es el himno que en segundo lugar llama nuestra atención en Semana Santa el de la procesión del domingo de Ramos; pues Cristo en Jerusalén, al entrar en la ciudad santa, es aclamado como Rey por las turbas, y las voces infantiles le ofrecen el piadoso *hosanna* que resume la gloria, alabanza y honor que al ungido Redentor son debidos y al cual se le franquean las puertas del templo como símbolo de las puertas eternas que han de dar paso á la Gloria á cuantos con Cristo triunfador y por él redimidos lleguen en su día á las celestes mansiones.

Atribúyese este himno á Teodulfo Obispo de Orleans que vivió en el siglo IX.

●●

El himno de Jueves Santo es el *Pange lingua*, cántico de entusiasmo, fe y amor al augustísimo misterio de la Eucaristía en el cual se compendian las maravillas de la divina omnipotencia á favor del hombre y que inspiró á Santo Tomás de Aquino estrofas, cuyas palabras todas pregonan las misericordias Señor, del Rey de las naciones que para para precio de la libertad de las almas derramó en la cruz aquella sangre preciosa que unida al cuerpo del Verbo humanado forman el misterio de los misterios con el cual el nacido para nosotros de una Virgen sin mancha, intacta, el que conversó en el mundo esparciendo la semilla de su palabra fecunda terminó su peregrinación por la tierra con el más admirable de sus prodigios tornando el pan en su cuerpo y haciendo del vino su sangre: misterio que si se oculta al sentido es afirmado por la fe del corazón sincero. Y termina la lengua angélica de Tomás invitando á los mortales á venerar postrados tan alto Sacramento ante el cual desaparecen las

figuras y símbolos de la antigua Ley. Tantas enseñanzas encierra y tal sabiduría se descubre en este incomparable cántico eucarístico que de él puede deducirse lo que el papa Juan XXII dijo de la sequencia del Angélico «Cada verso es una lección de la más alta teología».

Aprendiendo esas lecciones recógese el espíritu dentro de sí, y se dispone á visitar en los Monumentos al Verbo humanado que por nosotros y por nuestra salud descendió del seno del Padre, y por nosotros y para nuestra salud se quedó perpetuamente en los sagrados Tabernáculos sirviéndonos de alimento y siendo para el hombre prenda de gloriosa inmortalidad.

●●

La significación, la importancia de los himnos expresados no podía ponerse en duda por ningún espíritu que reflexione lo que es y lo que la iglesia quiere que sea la liturgia de la Semana Santa.

Justo H. Amandi

Profesor de la Universidad

Oviedo de 1911.



JESÚS Y BARRABÁS

No era Pilatos enemigo declarado del Salvador. Al contemplar desde su palacio á las muchedumbres judías que como habrientas hienas, pedían la muerte de Jesucristo para saciar con ella sus instintos de venganza, tuvo el valor de declarar que no había en las palabras y acciones del Salvador cosa alguna que proyectara siniestras sombras sobre su conducta; que todas las acusaciones formuladas descansaban en falsos supuestos, y que, de consiguiente, no encontraba motivo que justificase tan riguroso procedimiento.

Viendo, empero, los judíos, que resultaban inútiles sus calumniosas acusaciones, cambiaron de actitud, y las sustituyeron por amenazas. Comprendían que Pilatos era débil; que amaba demasiado su puesto honorífico, para que se resolviera á sacrificar, en aras de la justicia, tan elevada posición social. Así era en efecto, Pilatos temía ponerse en frente de aquellas turbas enfurecidas; y dejó bien pronto de ser el mantenedor incorruptible de los fueros de la justicia, para convertirse en infame instrumento de la maldad.

Comprendió que para conjurar la tormenta, sin daño propio, había necesidad de hacer algo, que era preciso transigir, al menos en parte, con los enemigos del Salvador; sin imaginar que una transacción parcial, lejos de satisfacer á los perturbadores, no haría otra cosa, que aumentar su sed de venganza, y precipitarle á él á más lamentables excesos: ¡Cómo si la ola pudiera detenerse en medio de su carrera! ¡Cómo si un débil leño bastara para cortar el curso á la impetuosa corriente! ¡Cómo si

OREMOS

la razón humana, en la embriaguez de sus locuras, pudiera quietarse ante las reflexiones de la prudencia, cuánto menos de la debilidad contemporizadora!

Era costumbre, que durante el tiempo de Pascua, se diera libertad á alguno de los más insignes malhechores, que gemían en las cárceles de la Ciudad Santa. Pilatos vió en esto un medio oportuno para salir de su apurada situación, y aventuróse á proponer al pueblo, que eligiese entre la libertad de Jesús y la de Barrabás, el cual era por sus crímenes el terror de toda la Judea. ¡Tal fué el primer paso de Pilatos hacia el precipicio! Podría preguntarse á aquel débil gobernador, Juez ínicuo: si confías que Jesús es inocente ¿porqué no le dejas libre? ¿Porqué te atreves á ponerlo en parangón con un criminal? ¿Porqué mendigas para él un indulto de sus enemigos? ¿No ves que esa injusta concesión te precipitará á más lamentables excesos?

¡Inútiles preguntas!... Pilatos no atiende más que á su conveniencia, y todo lo atropella por no comprometer su posición; era preciso *hacer algo* para calmar los ánimos, y poco importaba que para ello sufra detrimento la justicia. ¡Jesús inocente queda puesto al nivel de Barrabás criminal! ¡La inocencia rebajada hasta el crimen! ¡La iniquidad elevada por la injusticia, hasta disputar sus honores á la virtud!

Inconcebible nos pareciera ciertamente semejante conducta, si la amarga realidad no nos tuviera acostumbrados ó parecidos espectáculos. ¡Ah! no faltan hoy á la Iglesia, que es la continuadora de la misión del Salvador, nuevos Pilatos que pretenden igualar los derechos de ésta con los de sus enemigos: así como tampoco faltan quienes, imitando á los judíos, piden con vociferaciones siniestras, la muerte de la Iglesia y de sus ministros.—¿Qué mal han hecho?—preguntareis. Si son culpables ¿no hay tribunales para juzgarlos? Y en caso de que obren mal ¿no se puede corregirlos, ó imponerles el castigo merecido?...—¡Crucifigatur!—exclaman sus enemigos, sin aducir acusaciones.—¡Nosotros queremos la libertad, pero para nosotros mismos!

Y ¡claro! como los enemigos lo piden,... aunque ni la Iglesia, ni sus Ministros se hayan hecho acreedores á castigo, aunque la justicia proteste indignada y la libertad se cubra avergonzada el rostro para no ver á los que aclamándola con la boca, la niegan con los hechos, es necesario *hacer algo* en daño de aquella, es necesario echar un pedazo de carne á esas hienas que rugen, que vociferan ¡Crucifigatur!

¿Verdad nuevos Pilatos, que no hay más remedio que comparar á Cristo con Barrabás, á la inocencia con el crimen, á la libertad, hija del Cielo, con el libertinaje aborto del abismo?...

Fr. Samuel Eiján
O. F. M.



Si, oremos. Si no queremos caer en el surco que comenzamos á abrir con nuestro esfuerzo de apóstol, si ansiamos que la dinámica de nuestra inteligencia no sea estéril, oremos. Si nuestra vocación nos arrastra al periodismo católico, oremos. Si nuestra actividad la orientamos hacia el campo social, oremos. Si nos sentimos con el espíritu del evangelizador, oremos. Si queremos ser apologistas de la fé de Cristo en el foro, en la tribuna popular, en el escaño del Parlamento, en la Cátedra, en el libro.... oremos. Oremos siempre. La oración es auxilio á nuestra debilidad. Que nuestro lema sea siempre: *Ora et labora* y no *Labora et ora*. Elevemos primero nuestro corazón al Cielo; venga después la mecánica de nuestro organismo, de nuestras facultades, á completar la labor.

He aquí la clave de muchos de nuestros contratiempos; he aquí la explicación de lo vanos de algunos de nuestros esfuerzos: nos olvidamos de la oración ó la proponemos á la obra. A veces desfallecemos en nuestro avance, queremos volver atrás en nuestras luchas; nuestras almas cobardes han olvidado la oración. Hagamos todo lo posible, pidamos lo que no podemos y Dios nos ayudará. Nun-



Cristo en la Columna—Escultura antiquísima existente en la Parroquia

ca debemos abandonarnos más á Dios que cuando parece que Dios nos ha abandonado.

Goethe, el inmortal Goethe, en su lecho de muerte, agitando sus brazos en el vacío, gritaba desesperado: ¡Luz!, ¡luz!, ¡luz!... Ya era tarde.

¡Oh, nosotros pidamos luz, luz de lo alto, pero ahora, á cada instante, antes de nuestra resolución, antes de meditar, antes de ejecutar nuestros pensamientos. Cristo oró en el Huerto de los Olivos; oremos nosotros en este valle del dolor.

¡Pidamos luz! Sí, oremos, Elevemos nuestra mirada, elevemos nuestro corazón. *Sui sum Corda..*

David Fernández Diéguez

Director de *Galicia Nueva*



El Encuentro.—Grupo perteneciente á la V. O. Z.

Lamentaciones de un cura rural

¿*Quómodo sedet sola...* ¿Como es que mi amada iglesia parroquial se halla tan solitaria? ¿Esta Iglesia, no mucho antes *llena de pueblo?*.. ¡Ah! el pueblo; es decir, la porción más escogida de mi rebaño, el proletariado, no viene al templo porque le han dicho ¡mentirosos! que ya no cumplen los preceptos eclesiásticos sino los tontos. Tiendo mi vista por la vasta superficie del sacro recinto, y veo que los tontos, los analfabetos, los ineducados, son precisamente los que allí faltan; mientras que la parte ilustrada del pueblo, los contados *intelectuales* de mi reducida feligresía, acuden con presteza al Santo Sacrificio, póstranse rendidos y humildes á los pies del ministro de Dios y acorazan su alma con el Pan de los fuertes. ¡Pobre pueblo, como te engañan tus mentidos redentores!

Manum suam misit hostis... Tu enemigo, pueblo

mío; tu encarnizado enemigo, la prensa maldita echó mano de todos los medios para impedirte la entrada en el Santuario, que es tu ciudad de Refugio, y para apartarte del sacerdote, que es tu verdadero amigo. Y ahora, *viae Sion lugent...* Los caminos que al templo conducen están enlutados y llorosos *porque ya no hay quien vaya á las solemnidades.*

Facti sunt hostes ejus in capite. Tus falsos amigos, pueblo querido, ofreciéndote libertad te han hecho esclavo, te han amarrado con férrea cadena; y te *dominan; y se han enriquecido con tus despojos.* Por eso es que *los sacerdotes gimen, las vírgenes se llenan de tristeza* en sus retiros; y mi corazón lacerado quiere salirse del pecho, cuando repito con el Profeta de los Trenos: *Migravit Judas propter multitudinem servitutis.* Judá emigra, la Fé se escapa á otros países, por la insoportable servidumbre que aquí la aflige; aquí, «donde hay libertad para todo ménos para Dios.»

¡España, España conviértete á tu Dios y Señor!

Fr. Infimo.

¡Mundo!...

¡Mundo!, mundo loco, mundo frívolo, detente un instante en tu vivir vertiginoso y delincuente; pára ese ademán de tu brazo que hoy, como siempre, quiere acercar á los labios la copa del placer y embriagarse con la falsa ambrosia del pecado; no des ya ese paso que ibas á dar en la senda del vicio; desvía tus ojos del barro de la tierra; levántalos y contempla un momento el cuadro trágico que en la cumbre del Gólgota se desarrolla...

¿No vés?... ¡Ah!, es que tus ojos están ciegos para todo dolor; es que tus ojos ya no pueden comprender las sublimidades del sacrificio; es que tu retina no percibe ya ninguna cosa distinta del gozar...

Pero fíjate, ¡oh, mundo pérfido!, no huyas, no te escapes, no te alejes... Fíjate bien: en ese patíbulo afrentoso, en ese toscó madero está expirando el Creador de todo lo creado, el Hombre-Dios, á quien le debes la existencia, el sér, el vivir..., todo cuanto tienes, todo cuanto eres...

Fíjate bien, mundo frívolo; no apartes tus sentidos de ese misterioso drama, de ese drama del martirio, de esa tragedia imponente que jamás tuvo lugar en ningún tiempo y que hoy se efectúa para tu redención...

¿Te extrañas? ¡Ah, mundo ingrato!, nó te espantes, nó; el Dios que muere en esa cruz, muere por tu redención, quiere dar su vida por tí, y quiere darla sufriendo dolores infinitos, torturas lacerantes, atroz muerte...

Mira su divina cabeza, que cargada con la punzante y sarcástica corona de espinas, desfallece y cae sobre sus hombros, haciendo que su rostro se contraiga con ese rictus de la más cruel de las angustias; y sus piés y sus manos ensangrentados, y su costado abierto por la acerada lanza; y su cuerpo todo llagado, mostrando por doquier las mazaduras cárdenas de los golpes que tú, mundo, le diste...

Sí, sí, fuiste tú; tu fuiste el que salvaste sobre su faz divina, el que le azotaste, el que te burlaste de su omnipotencia; tú fuiste quien le clavó en la cruz; tú, quien colocó sobre ese madero infamante el irónico INRI para mofarte de su santísima realeza...

¡Mundo; mundo!, llora afligido, llora contrito, llora penitente tus pecados; el cielo y la tierra se conmueven, toda la naturaleza se trastorna porque el Autor de ella está muriendo...

Nó, no apartes tu mirada, no huyas, no te vayas; contempla tu obra de perfidia, tu obra ingrata; contempla tu obra horripilante y desgraciada...

Espera, espera; no tapes tus oídos; escucha, escucha el espantoso grito de quebranto en que prorrumpa toda la creación; mira, mira, mira bien esa tragedia augusta... ¡que se grave en tu retina!... ¡que penetre en tu alma!... ¡que te acompañe á todas partes tan horroroso cuadro!...

¡Mundo, mundo!., si tienes corazón y hay todavía en él alguna parte sana, que las lágrimas acudan á tus ojos y que el dolor de tu pecar te abraze!...

José Meirás Otero

Presidente de los «Luises» de Ferrol.

EL PUEBLO JUDÍO

Escogido por Dios para custodio de las tradiciones y depositario de sus promesas; desechado y maldito por el mismo Dios por no haber reconocido el día de su visitación y haber ejecutado el más horrendo deicidio; esparcido por toda la tierra, prófugo y errante á semejanza de Caín, objeto de la aversión de todas las gentes; testimonio vivo, perenne y universal del cumplimiento de las profecías de Jesucristo, ese pueblo anómalo y singular tiene todavía grandes y terribles destinos que cumplir; es el encargado según la Sagrada Escritura, Santos Padres y Doctores católicos, de preparar el camino al gran enemigo de Jesucristo, de recibirle cual si fuera su esperado Mesías, de enaltecerle valiéndose de todos los medios que habrá acumulado en sus manos, de formar su guardia escogida y ser el instrumento principal de sus tiránicos proyectos, de su satánico poderío, de su odio y persecución sin igual á la Iglesia de Cristo, á la cual frenético intentará aniquilar. Levantará orgulloso en lugar suyo la siragoga de Satanás, sentándose como Dios en el lugar santo... hasta que desengañados los infelices judíos á la vista del fin funesto de su enaltecido Caudillo, abran finalmente los ojos y se conviertan abrazando la verdadera fe católica. Tal es el porvenir reservado á ese pueblo: por eso lejos de extrañarnos ante la imponente preponderancia que va adquiriendo en todo el mundo, debemos ver en esto la mancha progresiva de los acontecimientos que nos están anunciados y la confirmación de la palabra divina y de nuestra santa Religión, viviendo en consecuencia con la cautela, vigilancia, firmeza y valor de ánimo que semejantes tiempos y acontecimientos exigen, luchando como buenos en defensa de los intereses de Jesús y de su Iglesia.

Eugenio López Yáñez

Presidente de los «Luises»

Ribadeo abril de 1611.



En el Valle del Amor

Mi Padre San Agustín simboliza en el óleo la caridad. Y en este sentido Jethsemani que quiere decir valle del aceite, podría llamarse valle del amor, oh! el amor con que nos amó allí Jesús!

Volemos, pues, con la fantasía, á Jethsemani, al valle del amor. Está allí Jesús orando. Se ha apartado de sus tres discípulos predilectos Pedro, Santiago y Juan, y distanciándose de ellos un tiro de piedra, como para evitarles el que sean partícipes de sus borrascosas angustias, acaba de postrarse de hinojos y de abismar su espíritu en honda meditación.

Ha ya anochecido. La oscuridad ha señoreado valles y colinas, desdoblado y tendiendo por todas partes caudales de sombras. No se ve más claridad que la indecisa que sobrenada, á lo lejos, sobre las techumbres de Jerusalén, formando por cima de ellas como una atmósfera de tenues gasas. Y el más sepulcral silencio reina del monte á la llanura, sin que se perciba más ruido que los elegiacos susurros del aura que agita en derredor el oliva, ó los murmurios de las aguas del cercano torrente que con melancólica endecha, precipitanse, rápidas, hacia el Mar Muerto.

¿Por qué ora tan intensamente, Jesús? Se está preparando para sufrir la agonía más trágica y espantosa: la única agonía de Jesús que con el nombre de tal se mienta en las Santas Escrituras. *Factus in agonía.* Ha celebrado ya con sus discípulos la Pascua. El amor que les tenía ha desbordado por su corazón intesificándose y llegando hasta el fin, esto es, hasta lo sumo, según la expresión de San Juan. Aquellos discípulos—y en ellos la humanidad entera—habíanse como incorporado á su corazón, habían llegado á ser como un pedazo de sus entrañas, como algo constituido y esencial de su espíritu. Los ama con toda la intensidad de una pasión infinita amorosa. ¡Y de aquellos discípulos ha llegado la hora de tenerse que separar! Nosotros cuando amamos bien, es cuando más sentimos la separación de los seres queridos. Yo creo firmemente que el más lacerante dolor de los moribundos no es el morir, en sí, sino el tener que separarse para siempre de los seres amados. Esa separación debe ser algo más terrible que todas las muertes. ¡Qué raudal de absintio debe de desatar en el alma tan dolorosa separación!

¡Lo tristísimo que estará orando allí Jesús, que va á separarse de sus apóstoles que habían echado, como raíces en sus entrañas! Separarse de ellos tiene que ser algo así como deshacerse fibra por fibra el corazón. El mismo lo dijo, al alejarse de ellos para retirarse á ese lugar solitario donde ora: mi alma está triste hasta la muerte. ¡Qué frase más saturada de amargura! ¡Qué expresión más rezumante de dolor y de abatimiento!

Y qué es lo que ora Jesús?.....

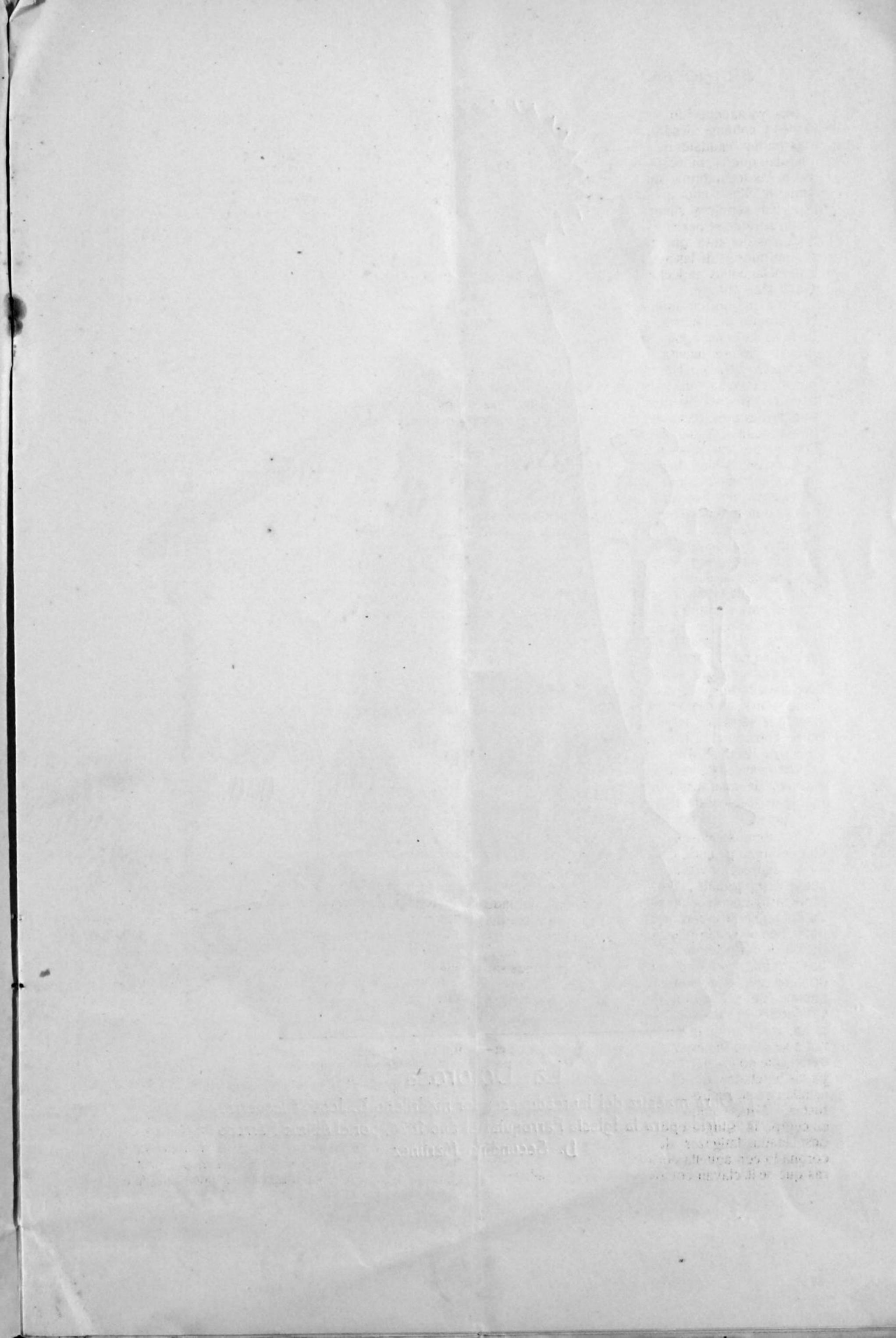
Procuremos ser espectadores del drama espantoso que ahora se está desarrollando en su fantasía. Todo aparece vivísimo en ella: lo pasado, lo presente y lo porvenir. Está viendo á Judas escabullirse furtivamente á la salida del cenáculo, del lado de los apóstoles, para ir á consumir el crimen que hacía tiempo venía planeando, seducido por la ambición de un poco de oro. Siente ya en sus mejillas la repugnante humedad de aquellos labios sacrílegos que forjan con un beso la turquesa en que habían de ser moldeadas todas las traiciones. Contempla la satisfacción íntima de los fariseos que, al fin, van á triunfar de modo tan fácil, coronando tan á su gusto las asechanzas y enredos para perderle, que no les dejaban descansar. Resquémante ya las bofetadas de los criados del Pontífice, que estallan en su rostro con el chasquido de blandidas fustas. Mírase atado á la columna, arroyando por su cuerpo la sangre que salta de las venas á los despiadados latigazos de los sayones. Imagínase coronado con aquella corona de espinas punzadoras que se le clavan como dardos agudos en la fren-

te, y oye el Ecce homo del débil Pilatos caer, como un rayo provocador de blasfemias satánicas, sobre la turba deicida. Figúrase ir ya camino del Gólgota, agobiado, bajo el peso de la Cruz ingente que lleva á hombros, cayendo aquí y allá, al clavársele en los pies descalzos alguna de las esquinadas piedras del camino, y todavía recibiendo, á cada instante, empellones y puntapiés de la muchedumbre. Se asombra de la dureza judaica, mucho más inaccesible al sentimiento, que las vivas rocas. Se estremece ante el martillar de la crucifixión que resuena, cóncavo y seco, en la lejanía. Entre la turba que grita y blasfema, apiñándose en derredor como un enjambre de encarnados Luzbeles, distingue á unas mujeres que lloran, desgarradas de dolor, y entre esas mujeres á su madre, lívida, desolada, transida de horrible pena; y el hombre no puede más y cae desmayado, contra el suelo y de sus labios escápanse, inconscientes, aquellas palabras que expresan la total turbación de su espíritu en aquel océano de dolor en que se anega: «Padre: si es posible; que pase de mi este cáliz.....»

Y bien, ¿es esto ya la agonía de que habla San Lucas? Ah, todavía está en el comienzo. Jesús levántase y encaminase hacia donde están sus discípulos y los encuentra dormidos. ¡Dormidos, tranquilos y sosegados, cuando su Maestro estaba ahogándose en una avenida de inmenso dolor! Con dulzura infinita échóles en cara su gratitud. ¡¡Qué no pudiesen velar una hora con Él! Instóles de nuevo á orar y tornó al paraje que ya conocemos, á fortalecerse de nuevo en la oración. Y en su fantasía volvió á desarrollarse el espectáculo deicida; pero mucho más intenso, mucho más horrible.

Abarca otra vez con una mirada toda la tragedia espantosa, desde el ósculo de Judas hasta la hiel y vinagre de la crucifixión. Mide en toda su infinitud la inmensidad de su padecer. Todos los infinitos méritos de su pasión los simboliza en un río de redentora sangre que cruza al través de la humanidad presente, de toda la humanidad que hasta la consumación de los siglos habrá de existir, y ve á esa humanidad pasar indiferente, sin acercarse á beber jamás de las salutíferas ondas. La terrible interrogación del Salmista: *quae utilitae in sanguine meo*, qué utilidades ha reportado mi sangre?, acude á su memoria de improviso, como persuadiéndole de la futilidad de su redención. Y el más profundo desmayo la señorea de nuevo. Rómpensele dentro de tejidos y músculos las venas. Por todos los poros de su cuerpo delicadísimo mana un extraño sudor de sangre. Desplómase otra vez, cosida la frente al polvo de la tierra. Y otra vez murmuran sus labios el ruego aquel que, sabe, no ha de ser oído en las célicas alturas: «Padre; que pase de mi este cáliz.»

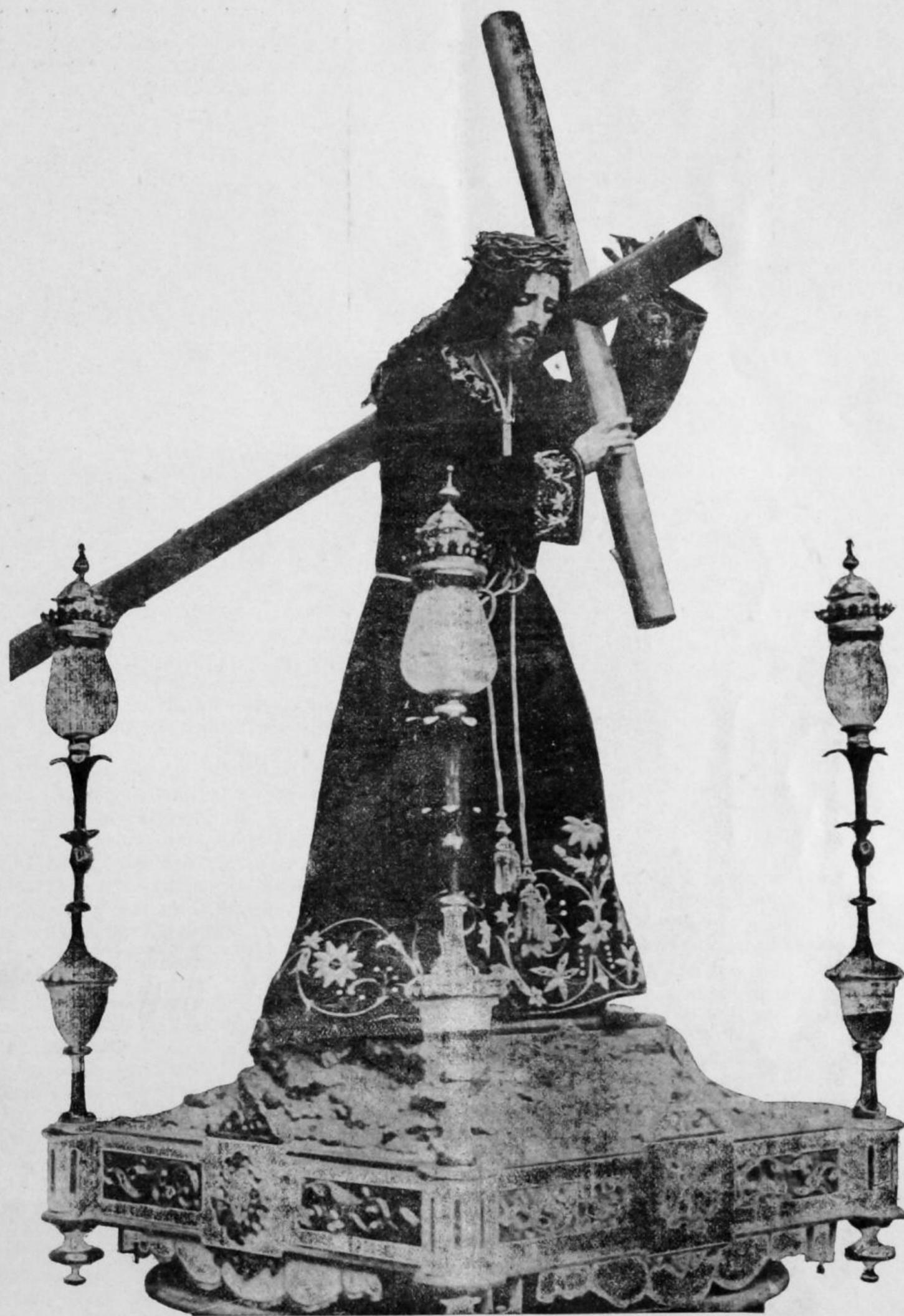
El dolor de Jesús había llegado á su cúspide, á una cúspide á donde no podrían llegar, aunque se juntasen y compenstrasen en uno solo, todos los dolores que se han sufrido y se han de sufrir en la tierra, mientras sirva de morada al linaje de Adán. Y lo divino que había desaparecido en aquel hombre tuvo que venir en socorro de lo humano: la humanidad por sí sola se hubiera hechos pedazos ante la magnitud de aquel dolor. Y entonces una claridad desusada hiere de súbito sus ojos. Una figura vaporosa y bellísima aparece suspendida en el





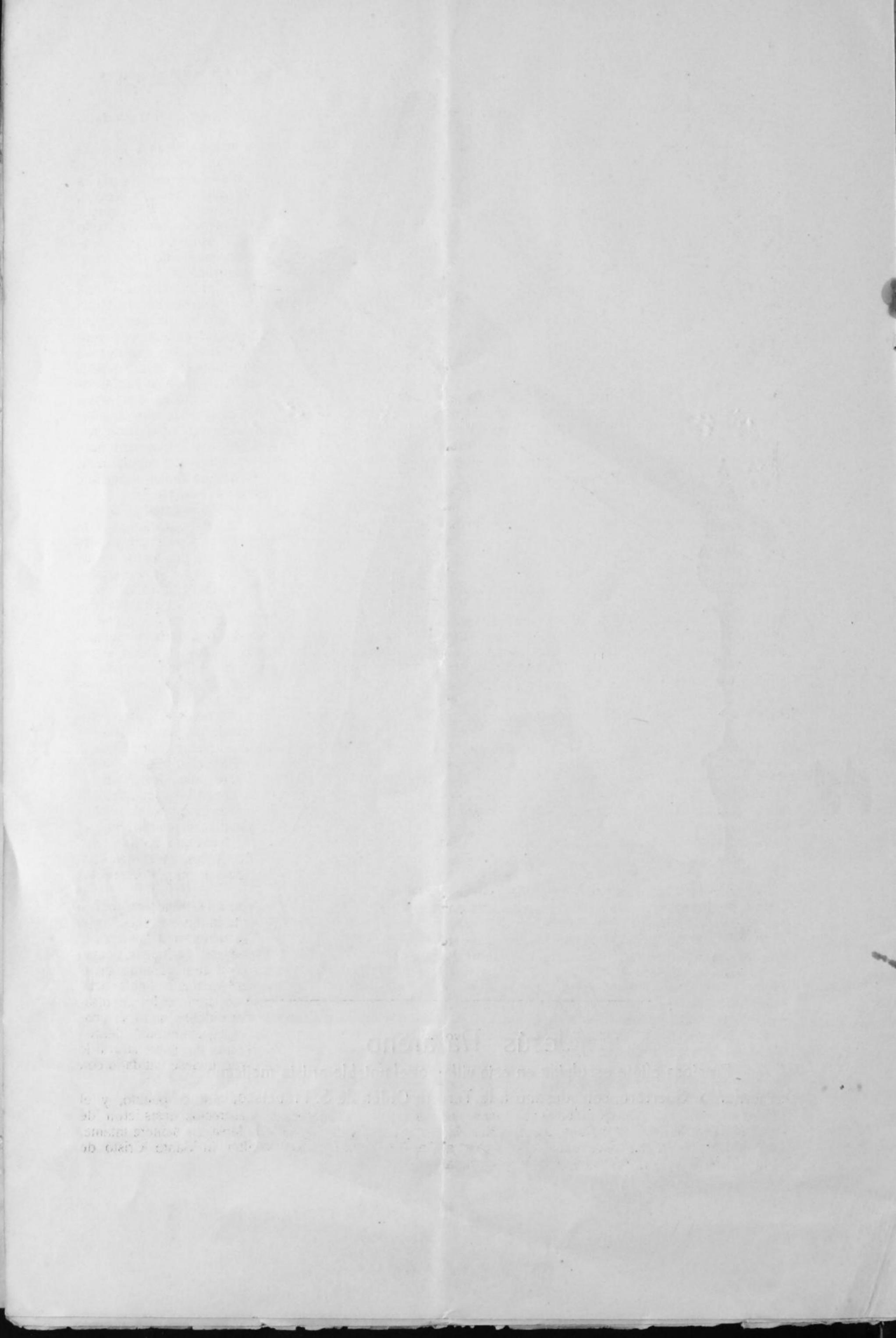
La Dolorosa

Obra maestra del laureado escultor madrileño D. José Alcoverro, adquirida para la Iglesia Parroquial el año 1874, por el último Párroco D. Secundino Martínez



Jesús Nazareno

Preciosa efigie esculpida en esta villa por el notable artista mejicano D. Bernardo Guerrero, con destino á la Tercera Orden de S. Francisco, el año 1865



ambiente, inclinándose hacia El y contemplándole con mirada dulcísima melancólica y compasiva. Era el Angel confortador.

P. Graciano Martínez
Profesor del Colegio de Tapia



El Santo Cristo de Aparri

Al Ilmo. Sr. D. José Hevia y Campomanes, obispo electo de Badajoz.

Seguramente no se habrá borrado aún de la memoria del virtuoso prelado y respetable amigo y compañero de desgracia en el Archipiélago filipino, á quien dedico estas líneas, el recuerdo del extraordinario suceso que voy á relatar, y del cual, si bien no hemos sido testigos presenciales, nos enteramos por algunos indios, que, con señaladas muestras de asombro, nos lo refirieron á muchos de los prisioneros de guerra que entonces nos hallábamos padeciendo bajo el poder de los insurrectos en las provincias de Cagayán y de la Isabela de Luzón.

Cúmplense ahora, precisamente, cuatro años de la fecha en que acaeció: fué en la Semana Santa de 1899.

Un filipino que mandaba en jefe de las fuerzas numerosas ante las cuales habian tenido que pasar por el doloroso trance de rendir sus armas los escasos defensores que en aquellas apartadas provincias había para defender la soberanía de España, tenía su cuartel general en Aparri, cuyo puerto, situado en el mar de la China, próximo al pacífico, estaba amenazado de un ataque por la escuadra americana, y diariamente discurría nuevos medios de infundir ánimo á sus secuaces para que se aprestasen con decisión y entusiasmo al combate.

Conociendo bien el carácter impresionable, los sentimientos religiosos y la infantil credulidad de la mayoría de sus paisanos, el jefe insurrecto, agotados los medios humanos, había decidido inventar otros con caracteres sobrehumanos ó providenciales.

El primer ensayo en este sentido le salió tan bien cuanto podía esperar. Haciendo excavaciones con sus soldados para abrir una trinchera, fingió haber hallado una imagen de la Virgen, que previamente enterrara. El falso hallazgo, que, según él, indicaba bien claramente que la Madre de Dios estaba de su parte, y que dió motivo á fiestas y procesiones, le produjo excelentes resultados, pues logró levantar algo los decaídos ánimos.

En vista del éxito satisfactorio de este ensayo, ideó una sacrilega farsa, que había de representarse el Viernes Santo por la tarde. Puesto de acuerdo con uno de aquellos desaprensivos y muchas veces inconscientes sacerdotes indígenas, que ahora, bajo la tutela de un loco, quieren fundar una iglesia católica independiente de la romana, decidió hacer intervenir á favor de su causa nada menos que al Santo Cristo de Aparri, bajo el siguiente programa,

que, bien ejecutado, hubiera llenado á los crédulos indios de entusiasmo.

Primeramente se le aserraría la cabeza á la santa imagen y después se le colocaría de nuevo con un juego y unos tirantes para poderla mover á derecha é izquierda y hácia atrás y hacia adelante. Luego, en el día Santo en que todo el orbe católico conmemora el cruento drama del Calvario, aprovechando la solemnidad de los cultos y la numerosa concurrencia de fieles en el templo, el citado presbítero, en medio de un sermón, seguramente disparatado, se dirigiría á Jesús en la Cruz, preguntándole si había sido justa y hasta santa la guerra que los filipinos hicieron á España, á lo cual, la imagen, como afirmando, movería la cabeza hacia adelante; si vencidos los españoles, deberían los indios someterse á los americanos, moviendo entonces la imagen la cabeza hacia los lados, como negando; si debían de batirse, hasta vencer ó morir, contra los que habían llegado á aquellas tierras llamándose sus aliados, para convertirse luego en sus enemigos irreconciliables, á lo cual ya es de suponer lo que responderían los que de la cuerda tirasen, y así seguirían las preguntas y respuestas, hasta que el mal sacerdote y sus colaboradores llegasen á cansarse.

Para realizar este proyecto se necesitaba, en primer término, buscar quien cercenase la cabeza de la imagen. Los organizadores de esta vil tramoya, ora por miedo á la desobediencia, ora por temor á que la farsa se descubriese antes de llegar á ejecutarla, es lo cierto que prescindieron de los hijos del país, y se dirigieron á un carpintero para efectuar la decapitación. El hijo del Celeste Imperio, á quien la imagen de Cristo crucificado inspiraría el mismo respeto que á mi me inspiró el ídolo de Buda, siempre que, por curiosidad, entré en una pagoda de los discípulos de Confucio, prestóse gustoso á cumplir el encargo que se le confiaba.

Para trabajar cómodamente, tendió el Cristo sobre el suelo; con la irreverencia propia del descreído, apoyó una rodilla sobre el pecho desnudo de la imagen; puso á ésta con indiferencia la sierra sobre el cuello, y al rozar los primeros acerados dientes la madera sagrada, irguióse sobresaltado, marcándose en su rostro amarillento signos evidentes de espanto. Al preguntarle que le pasaba, respondió que el Cristo le hablaba, y qué por nada del mundo volvería á tocarlo. Riéronse de él los presentes, llamándole cobarde y moliéndole al propio tiempo las espaldas á bejucazos.

Fueron enseguida á buscar un segundo chino, con el cual se repitió exactamente la misma escena que con el primero. Todavía recurrieron á un tercero, que decía no se acobardaba tan fácilmente como sus paisanos, y con efecto, su pretensión arrogancia duró pocos instantes. Apenas se había inclinado sobre la imagen, cuando, como si lo impulsara mágico resorte, dió un formidable salto, y, prorrumpiendo en alaridos salvajes, emprendió descomunal carrera, gritando que una voz sobrenatural le había hablado, diciéndole que tuviese cuidado con lo que intentaba.

Circuló entonces la noticia por el pueblo, y el soldado y el presbítero insurrectos desistieron de representar su descubierta farsa, su sainete infame, restituyendo intacto á su altar al Santo Cristo de Aparri.

El suceso que acabo de referir sencillamente, absteniéndome de exornarlo con los comentarios á que tanto se presta, creo que bien merece ser conocido, y que no exagero nada al calificarlo de extraordinario.

✠ José V. Pérez Martínez

(«El Universo»—n.º 871—11 de Abril de 1903)



LA LUZ DEL MISTERIO

¡Misterio! ¡Misterio!

¿Hay religión sin misterio? ¿Hay vida sin misterio? ¿Hay ser sin misterio?

No hay ni religión, ni vida, ni ser, sin misterio á los ojos de la razón humana.

Si alguno se obstina en negar esta verdad, tendrá que negar la historia de todos los cultos, verdaderos ó falsos, que la humanidad ha admitido; tendrá que negar la experiencia; tendrá que negar la Ciencia, y á la postre tendrá que negar la voz de la propia conciencia y el sentimiento de la propia pequeñez: tendrá que negarse á sí mismo.

Que vengan los enemigos del misterio y comparezcan ante el tribunal de la razón, y que nos presenten algo donde no haya misterio.

La Religión que sobre la roca del Calvario, sellándola con su sangre, asentó Jesucristo, hace cerca de 20 siglos, no es la más grande, la más bella, la única sublime y verdadera porque en ella no hay misterios, sino porque los misterios de la Religión de Cristo son focos de luz esplendorosa que ilumina los misterios de la vida del hombre.

Misterio es el dolor.

Misterio es la pobreza.

Misterio el sacrificio propio por el bien ajeno.

Misterio son todos los pasos del hombre desde que da el primer vagido al nacer, hasta que exhala el último suspiro al morir.

¿Por qué y para qué sufrimos?

¿Por qué y para qué hay pobreza y miseria?

¿Por qué y para qué sacrificarse en provecho de nadie?

¿Por qué y para qué esa cadena de tristezas y alegrías, de temores y zozobras, de afanes, de anhelos que azotan el corazón desde la cuna hasta el sepulcro...?

La razón abandonada á sus propias cabilaciones, se pierde en un abismo de sombras; mirando á la Cruz en que muere Jesús, esas sombras se iluminan.

Los dolores de Jesús explican nuestros dolores.

La pobreza de Jesús explica nuestra pobreza.

El sacrificio de Jesús por el hombre explica los sacrificios del hombre por sus semejantes.

Y la explicación de los misterios de la vida del hombre se halla en la vida sublime y misteriosa de Jesús.

¡Misterio! ¡Misterio!

Pero el misterio es una necesidad.

Y para los espíritus rectos los misterios de la Religión Católica se convierten en luz que disipa las tinieblas.

Pedro da Senra



EL BESO DE JUDAS

El pueblo deicida buscaba loco, preso de un vivo deseo de sangre, la persona del Maestro que exponía la nueva doctrina, contraria á la hasta entonces practicada. Afanoso se revolvía ávido de hallar alguien capaz de entregarlo, para una vez hecho, maniatado fuera, y presentado á Caifás, Sumo Sacerdote.

¿Dónde encontrar el traidor? ¿Quién se sentía degradado que hasta tal extremo llegaría? ¿Cómo podría realizarse tan insólita vileza?

He aquí la preocupación de la horda judía, que desesperaba ver su muerte en cruz, porque no le era desconocido que allí donde Jesús predicaba lloraba la paz, que á los orgullos con su humildad vencía que á los que mal le causaban en bien se lo trocaba...

¿Cómo encontrar quien lo entregase?

Acaso entre sus discípulos, aquellos varones humildes que cual la sombra al cuerpo le seguían á todas partes, oyendo deleitosamente sus sermones, ¿acaso entre ellos no se topará alguno infiel?

¡Ah, sí! Entre ellos, que gozosos ofrendarían su sangre por evitar se derramase una gota de la del Maestro; que felices ofrecerían el holocausto de su vida por salvar la del Inocente, había uno atento á los aldabonazos de la codicia, capaz de vender á su Señor, estampándole en su frente, como señal, un ósculo, significativo de paz y amor.

Y así como entonces Judas—cuyo era el discípulo—vendió al Salvador, así también hoy otros se dicen amantes del Crucificado, fieles á sus enseñanzas y doctrina, y, sin embargo, bajo la apariencia de seguirlo, cometen la más cruel de las traiciones, vendiéndole siempre, en la conversación y el periódico, en el libro, en la tribuna y en las leyes, combatiendo á Cristo, no descubiertamente enseñando el pecho al enemigo, sino dibujando en los labios un beso y empuñando en la diestra la daga que al mismo tiempo ha de herirle...

Esa es la labor propia de los que al dirigirse al pueblo ignorante tratan de deslumbrarlo diciéndole que á Cristo lo aman, que hay que quererlo entrañablemente, pero que en cambio ¡oh paradoja! se impone odiar á los frailes y sacerdotes sus únicos representantes en la tierra y fieles sostenedores de su doctrina.

¡Desgraciados!... Acuérdense que la vida es corta, el tiempo se pasa prestamente y que la muerte puede sorprenderlos escitando á las turbas para destruir altares é iglesias ó dictando leyes para exterminar las Ordenes religiosas...

Eugenio G. de la Vega y Ferrería



Tradicional ceremonia que se celebra en esta Villa la mañana del Viernes Santo, reconstituyendo la escena del Encuentro en la calle de la Amargura

UN PUEBLO
 —*—
 JERUSALEM!...

Hay pueblos en la historia de las naciones que son todo bondad, adelantos, belleza.. Más ciudades hay que parecen existir, tan sólo, para servir de antro miserable que con su asqueante aliento ha de inundar el ambiente de la universal cultura, en el que brilla con diáfanos resplandores la refulgente estrella de la Fé, que todo lo alegra y lo bendice todo.

Entre éstos pueblos ninguno hay, ciertamente, que se haga tan merecedor á nuestra mordaz censura como el pueblo de Jerusalem.

El Jerusalem deicida ha sido un pueblo de pasados tristes; un pueblo que con el alocado disfraz del asesino impasible permaneció ante los tormentos de que se hizo

víctima al Redentor del mundo; un pueblo execrable é indigno que ha visto sufrir, hasta perder su vida mortal, al Libertador del Género Humano; un pueblo que merecía ser borrado de la historia sinó hubiese escuchado el último suspiro del Marir del Gólgota.

Aquel pueblo que, con aullidos de selváticas fieras, vitoreaba á Barrabás mientras perseguía á Jesús creyó, en su cándido cinismo, que había de concluir en humilde madero la vida de aquel hombre que había cometido el delito de salvar al Género humano. Más, ¡ah! aquel episodio santo ha sido una efeméride gloriosa, un suceso inolvidable, una memorable fecha; ha sido el prólogo de nuestra Redención.

Por eso al contemplar la historia de ese pueblo no podemos menos que maldecir su recuerdo, pues aunque no hubiera sido Dios la pretendida víctima de salvajes pasiones, habría tenido como borrón imperecedero perseguir á un inocente y estar do-

minado por soberanos que teniendo presente y cuidando, tan sólo de su permanencia en un miserable trono no vacilaban en pisotear la dignidad y la justicia, lavandose con petulante arrogancia, las manos por conservar un puñado de usurpados dineros.

Pero... dirijamos nuestra mirada á la Jerusalem moderna y contemplemos el cuadro que á nuestra vista se ofrece: Unas irregulares callejuelas que parecen ascenderse temeronas á la vista del espectador, un elevado muro rodeado por siete puertas por las cuales penetran otras tantas religiones para unirse dentro de un repugnante amalgama y..... el recuerdo de un pasado turbulante; he ahí la visión que nos ofrece la Jerusalem moderna que Jeremías llamó «la princesa de las provincias» y nosotros creeríamos «el borrón del Universo».

Contemplan nuestras modernas ciudades ese tristísimo ejemplo, y tengan en cuenta que la historia con su fallo inapelable dará fé del porvenir que aguarda á esos pueblos que en sus turbulentos presentes no hacen más que proclamar guerra y más guerra contra el Libertador del Género humano; contra el padre amoroso de las generaciones sucesivas.

José J. Portal y Fradejas
(SAJEDARF)

De Juventud Católica

La Coruña marzo 1911.



Et circa horam nonam clamavit Jesus voce magna: *Eli, Eli, lamma sabachthani?* hoc est: Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquiste me?

S. MATH. XXVII, 46.

Y cerca de la hora de nona clamó Jesús con grande voz diciendo: *Eli, Eli, lamma sabachthani?* esto es: Dios mio, Dios mio, ¿porque me has desamparado.

La ambición y el orgullo de los primitivos hombres les llevó, en su insensatez, á fabricar la torre de Babel para desafiar las justas iras del Eterno; y en los tiempos presentes esa misma ambición y orgullo ha llevado y lleva á nuestros hombres públicos á querer proscribir de la Patria el nombre de Je-

sucristo; los que llevan por lema en su bandera de partido *Libertad*, creen que el hombre no puede ser libre, estando sujeto con ese freno, para ellos yugo, que le impide ser igual á los brutos, y creen también que nuestra Patria no puede prosperar si está oprimida por el Vaticano que cual losa de plomo pesa sobre nuestras gobernantes y constituye su preocupación constante; se repite pues en la actualidad la tragedia del Calvario y el incruento sacrificio ofrecido á Dios por su Hijo se renueva quizá con más saña que en el monte Golgota, de nuevo se oyen los insultos á Cristo y los hombres actuales repiten como los judíos: fuera, crucifícale; Jesús como en el tiempo de su pasión, ve execrada su doctrina, perseguida su Iglesia y en el abandono más completo á su Vicario en la tierra el augusto Pontífice y de nuevo como entonces clama al Eterno Padre diciendo Dios mio, Dios mio, porque me has desamparado? y ante este grito de dolor, grito no por el abandono de su Padre sino por el desamparo en que le dejan los hombres olvidándose de sus favores vamos nosotros á hacer lo que los Judíos, darle á beber vinagre en vez de correr en auxilio y defensa? vamos á limitarnos á rogar en el templo dejando que impunemente le crucifiquen? eso no basta hay que hacer más que rogar, hay que obrar para evitar que triunfe la iniquidad y que nos inunde y ahogue la ola revolucionaria que nos amenaza.

Nosotros los que nos encontramos en la edad feliz del hombre, la juventud, edad en que la vida sonríe y se muestra como una senda de flores sin espinas, en que se siente uno capaz de los mayores sacrificios y heroismos y en que el alma ansía amar, nosotros que sentimos en nuestro corazón el amor á nuestra patria y á la Religión que nos enseñaron nuestros padres y consecuentes con nuestras creencias formamos en las filas de las Juventudes Católicas vamos á dejar indefensa á nuestra madre la Iglesia? de ninguna manera, no cumpliríamos con nuestro deber y seríamos unos cobardes si hiciéramos eso, es preciso pelear y contestar al ataque y para eso nada mejor que la proyectada Federación de las Juventudes Católico-Gallegas, la unión es la fuerza, unidos podremos presentarnos á luchar en todos los terrenos, pues en todos los terrenos nos ataca el enemigo por eso nuestra propaganda no ha de ser solo religiosa sino también social y política para que cuando la

escena del Calvario se repita y Jesús afligido por las miserias y ofensas de los hombres clame á su Eterno Padre diciéndole como cuando pendía de la Cruz, *Dios mio, Dios mio, porque me has desamparado?* podamos contestarle diciendo: no estáis abandonado por todos, estamos nosotros que al pie de la Cruz la defenderemos hasta entregar nuestra vida si es preciso.

Lino G. del Blanco
De los Luises de Compostela

Santiago, Marzo 1911.



¡Vere Filius Dei erat!

Está ya en la Cruz el buen Jesús y los que asisten á su agonía no aciertan á conocerle. Unos dicen que es un malhechor; otros que es un agitador de pueblos y la voz común pide que muera por blasfemo.

Ha perdido su antigua hermosura; su rostro antes resplandeciente tornose denegrido con los cardenales, está afeado con salivas, manchado con sangre, cubierto con el velo de la muerte.

¡Tiene tantas heridas que no hay en su cuerpo parte sana!

Aquel pueblo, sin embargo, sigue agitado por el odio y no abre su alma á la compasión.

Pero no falta—dice Alonso de Cabrera—quien le conozca y declare el valor de su persona, porque si los hombres carecen del conocimiento que deben, las criaturas insensible dan voces y manifiestan la muerte de su Señor.

El sol se pone un triste capuz de luto para mostrarse lloroso y dolorido, la luna está teñida de color de sangre; el aire lleno de horribles tinieblas; la tierra siente las sacudidas del terremoto; las piedras, de dolor se hacen pedazos; ábrense los sepulcros y salen los muertos á confesar al justo...

De los que antes voceaban algunos se retiran medrosos, golpeándose el pecho en señal de arrepentimiento y uno de éstos, que vió la última boqueada, cuando se le arrancaba el alma, exclamó: *Vere Filius Dei erat.* Verdaderamente era el Hijo de Dios.

Así murió Jesús y así le trataron los hombres, más duros que las piedras...

Ojalá que los actuales perseguidores de Cristo terminasen su desatentada campaña repitiendo y confesando que es el Hijo de Dios.

N. Alonso Rodríguez
Presbítero

Oviedo marzo de 1911.



Para BANDERA CATÓLICA

R Á P I D A

Caía la tarde.

Voces confusas se iban percibiendo en la Ciudad; el pueblo, harto de sangre, regresaba á sus hogares.

Al pie de la Cruz sollozaban unas mujeres y á su lado distinguíase la silueta de un hombre.

Las sombras de la noche envolvían á Jerusalem y del madero pendía el Hijo de Dios.

Parecía que de sus labios aun salían palabras de vida, de perdón de paz.

Su Madre estaba sóla, triste, apartada de todos y paladeando su intenso dolor.

El Discípulo amado se acerca á ella y modula estas palabras:

—Madre mía: hora es de que abandonemos este lugar de sufrimientos y tornemos á la ciudad.

Y María, después de procurar convencer á Juan para que la deje al lado de su Hijo, marcha hacia el pueblo decidida, el pueblo que le había crucificado su amor, el pueblo que había cometido el mayor de los crímenes, la más grande de las infamias, llena su alma de hieles, de amarguras, de quejas.

Y al llegar á las puertas de la Ciudad exclama con el Profeta:

—«Hijas de Jerusalem; mirad si hay dolor semejante á mi dolor.»

El que no lllore al ver llorar á María ó no es cristiano ó alguien le arrancó el corazón

Luis Cereijo León
Director de *El Cruzado*

Ferrol; Abril de 1911.

SUBLIME EJEMPLO

Practiquemos el bien por el bien mismo; practiquemos el bien siguiendo el ejemplo sublime que Cristo nos legó.

Si de lo terreno esperamos recompensa, pronto, desfallecidos, desistiremos de toda empresa benefactora. La ingratitud: he aquí con lo que el mundo premia, casi siempre, los grandes sacrificios.

Sigamos à Jesús, más bien que en el grandioso misterio del Tabor, en el cruento sacrificio del Gólgota, sigamos à Jesús, víctima inocente de las iras de un pueblo ingrato.

Practicó el bien, y, en recompensa, le persiguen y escarnecen, coronándole de espinas, azotándole, haciéndole vestir la hoga de los ajusticiados y clavándole en ignominiosa Cruz, en la que espira demandando de su padre perdón para los que fueran sus verdugos...

!Que hermosas enseñanzas recibimos al pié de la Cruz Santa!

Practiquemos, pues, el bien por el bien mismo; practiquemos el bien siguiendo el ejemplo sublime que Cristo nos legó.

César G. Gil y Martínez
Presbítero

EN EL HUERTO

Del desierto las brisas huían
volando hácla el huerto
y en las ramas de verdes olivos
posaronse luego.

Sacudiendo sus alas murmuran
la fronda meciendo
que dibuja fantásticas sombras
de luz con reflejos
de la plácida luna que boga
por el claro cielo.

Poco á poco las brisas se duermen
en hondo silencio...

«Padre mio traspara este cáliz
de amarguras lleno;
más si quieres lo agoten mis labios
lo bebo por ellos!...»

Agitadas las brisas despiertan
á la voz del eco
y, extendiendo veloces sus alas,
volaron al cielo;

«Pater mi, si possibili est transeat,...»
tristes repitiendo;

y en el valle los ecos responden
con son lástimo

«Si non potest hic calix transire,...»
¡lo bebo! ¡lo bebo!

Una vez y otra vez los olivos
sus voces oyeron.

Por tercera las auras ya cruzan
espacios etéreos:

más las altas glaciales regiones
pasar no pudieron

que sobre ellas tendió el desamparo
densísimo hielo.

De Jesús la oración lo traspara,

penetra en los cielos
y las brisas caldeadas de amores
que brotan cual fuego
del ardiente volcán encendido
de un Dios en el pecho,
se trocaron en lluvia abundante
de rocío gélido.

En el Huerto sopló el desamparo
aliento de cierzo

y vapores de hondas tristezas,
de pesares densos
envolvieron con fúnebre manto
el frondoso Huerto.

Mil congojas de muerte movían
horridos espectros

que vagan medrosos, errantes,
con rumbos inciertos
espiando la Víctima Augusta
que yace en el suelo...

empapada en la sangre que brota
bañando su cuerpo.

Adormidos tres hombres estaban
de allí no muy lejos

á su lado bramó el Desamparo;
las brisas gimieron;

terebintos, palmeras y olivos
temblaron de miedo.....

Nada oyeron los hombres, ¿que harían?
Estaban durmiendo.

Que insensible es el hombre ¡Dios mio!
Cargado de sueño.

Fr. P. Nolasco Gaite
Mercedario

Al Nazareno de la V. O. T.

Cada vez que contemplo tu figura,
de cardenales llena,
siento en el corazón muy honda pena
y mi alma rebosa de amargura.

Cada vez que te miro, ensangrentado
ese divino rostro,
sin darme cuenta, la rodilla postro
y no acierto á apartarme de tu lado.

Cada vez que examino la conciencia
ante tu imágen santa,
un profundo pesar mi alma quebranta
viendo en Ti retratada mi demencia.

¿Quién pudo así dar vida á un tosco leño?...
parece que el artista
tuvo el original ante su vista;

tan perfecto y tan fiel salió el diseño.
Tan perfecto, tan fiel, tan acabado,
que al mirarle un vidente
lanzó un grito, é inclinóse reverente:

«es El, es El», diciendo enajenado.
Tal es la efigie, que de muchos años
posee nuestra villa,
y es del arte prodigio y maravilla,
y admiración de propios y de extraños.

Esta es la obra que haelevado tanto
el nombre de Guerrero,
gran artista, y católico sincero.
que se inspiraba al pié del altar santo.

Ahí brotó su creación, ahí mismo,
cabe la Eucaristía,
que recibió cada tercero día
en un tiempo de cuasi jansenismo.

Por dicha nuestra, vino á tierra extraña
el artista famoso,
el amante de Cristo, fervoroso,
el eximio escultor de Nueva España.

¡Nazareno glorioso! De mi pecho
sale, al verte, este grito:
sé bendito mil veces, sé bendito,
y benditas las manos que te han hecho.
Y bendita mi madre, que de niño
me enseñó á venerarte,
maravillosa producción del arte,
entre besos y efluvios de cariño.

J. Fanciullo

Mondoñedo—Imprenta de César G. Seco

BANDERA CAT

SUBLINE

Fracturas de las
 proporciones el
 sistema que
 Si de la tierra
 pronto, desah
 empresa re
 apa con lo que el m
 que, los gran
 Sistema a
 grandes m
 sistema de
 una m
 Fracturas de las
 cargas y
 que, en
 de los m
 que, en
 de su p
 sus v
 que, en
 de la
 que, en
 que, en
 que, en





D. Vicente Saavedra
Profesor del Seminario
Mondoñedo